

La Respuesta Socialdemócrata

Gracias Enric por tu amable presentación. Solo puedo decir que en adelante trataré de parecerme al retrato que has hecho de mí.

Comenzaré mi intervención como recomiendan los manuales clásicos de retórica: apelando a la benevolencia del público. Reconocerán ustedes que, incluso para un político laico como yo, no resulta fácil hacer su intervención justo en el anticlímax de la visita del Papa a Barcelona. Así que no saben cuánto les agradezco que me acompañen esta tarde.

En todo caso, les confieso que para mí, el clímax es venir a Barcelona. Comprenderán ustedes que después de diez años al frente de un Ayuntamiento, yo ya no pueda evitar mirar las ciudades con ojos de alcalde. Así que cuando miro Barcelona veo una ciudad en una espléndida madurez. Les confieso muy sinceramente que eso no me produce otro sentimiento que orgullo. Orgullo como español, porque no sólo es difícil imaginar en nuestro país otra ciudad en tal estado de plenitud, sino que es difícil señalar muchas más como ella en todo el mundo. Orgullo, también, como socialista. No es fácil encontrar cuatro alcaldes como Serra, Maragall, Clos y Hereu, capaces de ligar con tanta armonía nuestros mejores valores políticos con el espíritu de la ciudad y con el cambiante signo de los tiempos a lo largo de treinta años.

Sé que tampoco se les escapa que ahora, además, he de ver la política con otros ojos. Con los ojos del candidato socialista a la Presidencia de la Comunidad de Madrid. Así que se podrán imaginar todo el interés, toda la pasión, con la que sigo el proceso electoral en el que se hallan en este momento mis compañeros del PSC con el President Montilla a la cabeza. Frente a la experiencia de Pepe Montilla no me siento legitimado más que para expresarle mi apoyo; sin embargo, sí me atrevo a decirle que en las pocas semanas que dura una campaña se puede explicar muy bien lo que se ha hecho durante los cuatro años de una gestión. Que unas semanas bastan para llevar al primer plano de la conciencia de los ciudadanos y ciudadanas de Cataluña el desarrollo ejemplar de la Ley de la Dependencia que ha hecho un gobierno progresista, los pactos por la vivienda, por la inmigración, por la investigación y la innovación, el pacto por las infraestructuras, la llegada del AVE, la nueva terminal del Prats. En fin, todas esas cosas que la crisis, y sobre todo el discurso de la crisis, no deben tapar.

Creo recordar que hay una escena de una película de los hermanos Marx, en la que Groucho, tras dar una larga respuesta a un periodista le dice: "esa es mi respuesta joven, ahora dígame: ¿cuál era su pregunta?".

Cuando hablamos de la respuesta socialdemócrata, podemos suponer que quien nos interpela es la crisis. Es la crisis la que nos pregunta a todos. En realidad nos hace muchas preguntas, unas de índole económica; otras, no menos importantes, de orden social, político e incluso filosófico. Así que les ruego que tomen el título de mi charla como un pretexto para el diálogo antes que como la formulación, inevitablemente pretenciosa, de un paradigma político cerrado.

En todo caso creo que todos nosotros podremos ponernos fácilmente de acuerdo en que esta crisis no es la crisis del paradigma socialdemócrata. La crisis del modelo socialdemócrata se produjo en los años setenta, la que estamos viviendo ahora es la crisis del modelo neoliberal o neoconservador, la crisis del modelo que sustituyó a partir de los setenta y ochenta el orden económico keynesiano y el orden político socialdemócrata.

La ruptura del sistema internacional de Bretton Woods y la subida del petróleo originada por la guerra árabe israelí de 1973, dieron lugar a una diabólica combinación de estancamiento e inflación que hizo inviable la gestión keynesiana de la demanda. A partir de ahí la apuesta de los conservadores, capitaneados por Thatcher y Reagan, fue sustituir al mercado interno por el mercado global como motor del crecimiento económico. Para lo cual se incentivaron las medidas para la liberalización del comercio internacional y la desregulación de los mercados financieros. En teoría la competencia mundial debería producirse en términos de mejora de la productividad a partir del desarrollo tecnológico y la cualificación del capital humano; en la práctica buena parte de la competitividad en ese mercado mundial tiene que ver con la reducción de los costes salariales.

Sé bien que alguien podría decir que ya me estoy deslizando hacia el voluntarismo político, que me venzo hacia la crítica moral, cuando de lo que se trata supuestamente es de hablar de crecimiento económico. Sin embargo los socialdemócratas no sólo podemos competir con éxito en la tierra batida de la justicia social, sino que podemos hacerlo igualmente en el césped de la economía. Recientes trabajos demuestran que durante la segunda mitad del siglo XX, el crecimiento promedio de los países desarrollados fue del 2,7 por ciento, en tanto que entre los años cincuenta y setenta, las décadas de las políticas intervencionistas de los partidos socialdemócratas y democristianos el crecimiento fue del 3,5 por ciento.

Se ha querido caricaturizar a las políticas de la izquierda como políticas de demanda y a las de la derecha como políticas de oferta. Sin embargo tanto la izquierda como la derecha tienen políticas de demanda y de oferta, aunque ciertamente distintas. Los gobiernos de izquierda apuestan por dedicar una parte importante del gasto público a mejorar la oferta de capital físico y de capital humano, en tanto que la derecha deja toda la responsabilidad al sector privado. Una de las comparaciones más interesantes es la que podemos hacer entre el Gobierno Thatcher en la Gran Bretaña de los años ochenta y el Gobierno González en la España de la misma década. Thatcher apostó por la bajada de impuestos con objeto de incentivar el ahorro privado. De tal modo que dicho ahorro se transformara en inversión y de esa manera acelerara el crecimiento. Cosa que efectivamente ocurrió, aunque a

costa de una mayor desigualdad social. Por el contrario Felipe González destinó una importante cantidad de gasto público a mejorar el capital fijo y el capital humano de nuestro país con objeto de mejorar la productividad y de esa manera atraer inversiones.

Ambas estrategias produjeron crecimiento económico, pero mientras que en España la desigualdad bajó ocho puntos en el Índice de Gini, en Gran Bretaña se incrementó a la par que también lo hizo la pobreza. Las políticas de oferta de Felipe González no impidieron el crecimiento económico de España. Sin embargo, el otro componente del gasto público, el gasto social, hizo que el crecimiento se distribuyera con más justicia que en Gran Bretaña.

Después de treinta años, el árbol que plantaron los neoliberales o neoconservadores, no resulta lo suficientemente robusto como para sostener su soberbia política e intelectual. Hemos crecido, eso es innegable. Pero no hemos crecido más rápido de lo que crecíamos, ni el mundo se ha hecho mucho más libre y más justo de lo que era. No se ha hecho más seguro.

He empezado por la economía como motor del cambio del paradigma económico y político que supuso el paso de la socialdemocracia al neoliberalismo, y lo he hecho a la clásica manera marxista; pero también podría hacerlo por la ideología, a la manera weberiana. El triunfo en los sesenta del Estado del Bienestar también fue el triunfo de la tecnocracia, ya fuera en la fábrica o en el ayuntamiento; fuera mediante la cadena de montaje o fuera mediante un urbanismo inhumano. El fordismo como forma de producción hizo crecer la economía, aumentó la prosperidad, sostuvo el bienestar; pero también le quitó a la vida el sabor de la libertad, también tiñó los días de gris, del gris homogéneo y jerarquizado de las burocracias. Ya fueran las burocracias industriales o sindicales, públicas o privadas, empresariales o de partido.

El sesenta y ocho fue la respuesta de una generación, que tenía garantizado el sustento, a esa falta de autenticidad de la vida sometida a la lógica de la producción taylorista o fordista. La respuesta democrática a la dominación tecnocrática. En los sesenta y setenta veremos la respuesta del movimiento vecinal a los planeamientos urbanísticos de unos expertos que cuadrícularon los nuevos barrios y las nuevas viviendas con la misma racionalidad desalmada con la que se hicieron los repartos coloniales del XIX. Ganada la prosperidad, los ciudadanos occidentales se sintieron con fuerzas para realizar la conquista más importante: la libertad.

La respuesta a esa demanda de libertad frente a la fábrica y frente al Estado, no se hizo esperar. Las formas de producción cambiaron, los círculos de calidad sustituyeron a la cadena de montaje; las tareas productivas que durante un siglo fueron descomponiéndose en movimientos cada vez más simples y rutinarios se reconstituyeron; las fábricas redujeron su tamaño, externalizaron parte de su producción a talleres más pequeños, con plantillas menos sindicadas. La explícita disciplina de los capataces fue sustituida por la implícita disciplina de los mercados, y la petición de autonomía laboral fue satisfecha convirtiendo a muchos trabajadores en autónomos.

También la vida de los barrios fue cambiando, la ruptura de los horarios de trabajo, de la dinámica común de las fiestas y las vacaciones, fue disolviendo la vida comunitaria. Y así poco a poco ha ido desapareciendo la estructura social de la socialdemocracia para dar paso a la estructura de la sociedad neoliberal. Aunque, si hablamos con propiedad, en la lógica neoliberal la sociedad no existe, era Margaret Thatcher la que dijo aquello de que la sociedad no existe, que solo existen los individuos y las familias.

Es verdad que la sociedad ha cambiado, como lo es que la economía mundial ha cambiado. Pero eso no significa que los valores que definen lo que es una sociedad justa hayan cambiado, ni significa que debamos renunciar a los ideales políticos que han demostrado, con todos sus defectos, ser los que más libertad y prosperidad han aportado a la humanidad en toda su historia. Hace apenas unos días lo decía en una charla similar a esta en Madrid, decía que muchas cosas han cambiado en nuestras sociedades, y que ya no es tan fácil conseguir apoyos de una clase obrera industrial mayoritaria. En el año 1978 Madrid ya era una sociedad de servicios, pero todavía había un 35% de la población activa que eran obreros manuales cualificados y no cualificados, ahora apenas son el 15%. ¿Significa eso que tengamos que renunciar a nuestros ideales de justicia social, de igualdad y de libertad? Rotundamente no, es más, creo que debemos profundizar en ellos. Creo que sería injusto disputarle a la clase obrera industrial su papel en la defensa y en la consecución de esos derechos, pero esos ideales son anteriores a la clase obrera industrial y no son exclusivos de ella. Hay una inmensa mayoría de la clase media que comparte esos ideales. La defensa de una enseñanza pública de calidad no es cosa de peligrosos izquierdistas desfasados, en Francia ese sistema de enseñanza pública es una condición de posibilidad de la República. Que haya personas que consideremos que la salud debe ser un derecho y no una mercancía no es algo que pueda usarse para descalificarnos sin más.

Ciertamente los cambios en la estructura social nos obligan a hacer fuertes cambios en la acción política, pero en mi opinión no es algo para lamentarse, sino para aprovechar. Es verdad que ya no podemos construir mayorías con los sistemas de antaño, ya no es posible irse a unas cuantas fábricas y hablar con un altísimo porcentaje de la clase obrera. Ahora construir mayorías a favor de los ideales de la socialdemocracia nos exige renovar nuestra forma de pensar y de hacer la política.

En una sociedad en la que se cruzan distintas jerarquías sociales, económicas, de valores, no se puede hacer simplemente un discurso de clase para ganar, de la misma manera que no se gana exclusivamente con un discurso de género o un discurso nacionalista. En una sociedad tan compleja también el sujeto político se hace complejo. Lo que nos conviene como trabajadores nos perjudica como vecinos, cuando se trata de instalar una fábrica contaminante en nuestra ciudad; lo que nos pedimos como sindicalistas, nos molesta como pacifistas, cuando se trata de negociar la construcción de barcos de guerra en un astillero; lo que nos viene bien como consumidores, nos perjudica como automovilistas, lo que nos viene mal como contribuyentes al erario público nos viene bien como padres de jóvenes en edad escolar o como hijos de personas que no pueden valerse por sí mismas. Si a toda esa explosión de intereses e identidades añadimos la perspectiva de género o la etnia,

entonces adquirimos conciencia de la dificultad de construir un discurso político a partir de una sola dimensión de nuestra personalidad, o de una sola categoría social, económica o política. De igual modo resulta imposible atribuir una primacía política a cualquiera de esas dimensiones sociales. Primero fue la condición de obrero, de trabajador, más tarde la condición de mujer, posteriormente emergieron las reivindicaciones de los jóvenes, de las minorías sexuales y étnicas, de los inmigrantes. Todas ellas aportan nuevas causas a la justicia, nuevos sujetos a la acción y nuevas luces a la política.

Es posible construir una mayoría social si apostamos por la política, por la política de verdad, por la que cuenta con la gente en lugar de contar a la gente. La que apuesta por el diálogo, por la deliberación, por el debate, no un debate a gritos como en algunas televisiones de la derecha, ni cada cuatro años, como le gusta a la señora Aguirre, sino como formación de la voluntad política en una sociedad donde los intereses sociales y personales son cada vez más diversos. Porque ya no hay una identidad que nos indique cuál debe ser el sentido de nuestro voto, porque esta sociedad plural, en su estructura social, en sus valores culturales, en sus opciones e identidades vitales, exige una política más inteligente, capaz de sacar partido a la complejidad en lugar de tratar de combatirla o sucumbir ante ella. La política nos une porque a pesar de la multiplicidad de identidades e intereses que nos atraviesan a cada uno de nosotros, en nuestra vida social nos vemos obligados a tomar decisiones, a tomar partido, de una manera unitaria. Tenemos un solo voto, y se espera que cuando hemos de expresar públicamente nuestra posición formulemos una opinión y no dos o más opiniones contradictorias. Cada uno de nosotros construimos mediante la íntima deliberación personal esa opinión o ese voto unitarios. Es ese acuerdo interior que se eleva mediante el diálogo interior sobre la multiplicidad de nuestras identidades, de nuestros intereses y de nuestras opiniones, lo que nos permite presentarnos como sujetos ante los demás. Es la condición de ciudadano, o de ciudadana, la que nos obliga a ese ejercicio de coherencia, a una transacción entre las diversas condiciones que nos constituyen a cada uno de nosotros. Una transacción siempre provisional, revisable y reversible a la luz de los nuevos acontecimientos a los que nos enfrentamos.

Lo que ocurre dentro de cada uno de nosotros ocurre también socialmente. Por eso apuesto por una política pacífica, frente a tanta teína y tanta testosterona. Una política que piense con la gente y no en lugar de la gente. No pretendo engañarme, ni engañar a nadie, lo he dicho en más ocasiones, los gobiernos tienen un poder limitado frente a las fuerzas del sistema económico mundial. El camino que sigue la derecha no lleva a ningún lado. El otro, el que estamos tratando de hacer los socialistas, es un camino difícil, que exige esfuerzos, pero con un destino compartido y razonable.

La promesa política neoliberal fue la de quitar poder a las burocracias públicas. Pero la realidad es que lo que se ha debilitado ha sido el poder del Estado, el poder de la política, el poder de la democracia, el poder de los ciudadanos. No se ha producido una transferencia de poder de las burocracias públicas a la ciudadanía, sino de las burocracias públicas a las burocracias privadas. A veces son hasta las mismas personas. Los mismos burócratas que gobernaban algunas empresas públicas en nombre del Estado lo hacen ahora en nombre del capital, sin que ni la democracia entonces, ni el mercado ahora, limiten mucho su poder.

Estoy completamente convencido de que la promesa de libertad de los neoliberales no se ha traducido en nada sustantivo, pero tampoco tengo la menor duda de que esa demanda de libertad personal ha calado fuertemente en la conciencia de la ciudadanía. Por eso me parece importante señalar aquí que, desde el punto de vista ideológico, lo más interesante que ha hecho la izquierda desde el abandono del marxismo a finales de los setenta, es el desarrollo del ideal de la libertad como no dominación, en la vieja tradición republicana cívica de Cicerón, Maquiavelo o Jefferson. Nosotros lo llamamos aquí el socialismo de los ciudadanos.

Es en el terreno de la libertad donde la derecha desafió a la izquierda en los ochenta. Es en ese momento cuando se produce una poderosa coalición entre la crítica antiautoritaria al Estado de los sesentayochistas y la vieja tradición liberal antiestatista. No era difícil encontrar en los think tank de la derecha neoliberal a intelectuales que procedían de la izquierda más radical, todos tenemos en mente algunas biografías políticas en nuestro país con la misma trayectoria.

Pues bien, es en el terreno de la libertad en el que la izquierda puede responder con éxito a los neoliberales. La libertad entendida como no estar sometido al capricho de ningún poder arbitrario, sea público o privado. Una libertad sostenida en las leyes y no en la ausencia de las leyes. Una libertad sostenida en la política y no en la ausencia de la política. La exigencia neoliberal de no interferencia del Estado no ha traído más libertad al mundo, no ha disminuido el poder de los poderosos y aumentado el poder de los hombres y mujeres de todo el planeta. El saldo de la hegemonía mundial de la derecha en estas tres últimas décadas son cuatro crisis: crisis financiera, crisis económica, crisis alimentaria y crisis ecológica. Frente a dicha situación, los políticos de la derecha o siguen recitando el mantra del mercado o callan, lo que todavía es más inquietante.

Alguien podría decir: la crítica está clara, pero cuál es la respuesta. Esa misma frase se podría haber escuchado durante los ochenta en plena reconversión industrial. Los socialistas la hicimos en España y también se hizo en otros países, se hizo en Gran Bretaña. Sin embargo no fueron iguales, en los dos casos fue dura, en los dos casos exigió sacrificios, pero en uno hubo un Gobierno al lado de los que fueron sacrificados por la economía.

Hoy en España un Gobierno del mismo color político que el que hubo en los ochenta, dirigido por José Luis Rodríguez Zapatero, trata de dar una respuesta distinta a la crisis de la que está dando el gobierno conservador en Gran Bretaña. Nos cuesta esfuerzos, tan duros de pedir como la reducción de un cinco por ciento del sueldo de los funcionarios. Sin embargo, por duro que resulte, eso no es lo mismo que echar medio millón a la calle. Nos enfrentamos a la necesidad de reducir el déficit, pero respondemos de distinto modo.

Se ha dicho estos días, a raíz del cambio de Gobierno, que comunicar no es suficiente, y no digo que no sea verdad; pero es más verdad aún que sin comunicación no hay democracia, que sin un pueblo verdaderamente informado, no hay un pueblo con capacidad de gobernarse adecuadamente, de

tomar decisiones que le beneficien. En estos momentos de dificultad es fácil acusar a los socialistas de haber traicionado sus valores, es fácil no porque sea verdad, sino por la enorme desproporción en la potencia mediática de la izquierda y la derecha.

Cuando el 58% de los Presupuestos Generales del Estado se dedican a gasto social, y cuando ese porcentaje es el más alto de nuestra historia, cada cual puede decir lo que estime oportuno, pero la verdad es que en nuestro país hay un gobierno realmente comprometido con quienes tienen mayores dificultades. Les pondré sólo un ejemplo: en los ocho años del gobierno del PP la subida real de las pensiones fue del 3,6%, en los seis que van de gobierno socialista la subida real de las pensiones en término de aumento del poder adquisitivo es ya del 27%.

Resulta amargo escuchar cómo se reivindican políticas sociales exuberantes en tiempos de crisis, cuando no hay dinero, por los mismos que las dejaron raquíticas en tiempos de bonanza. No sé si en democracia todos los reproches que se le hagan a un gobierno pueden ser legítimos, pero estoy seguro de que no todos son verdaderos.

Les propondría un contrafáctico: ¿cómo estaría gestionando la crisis la derecha? No cualquier derecha, sino la derecha realmente existente en nuestro país. Para echarles una mano les propongo que reflexionen en cómo está afrontando la crisis la señora Aguirre en la Comunidad de Madrid? Yo les pediría que se preguntaran íntimamente ¿Conozco yo las políticas que está llevando a cabo la Presidenta Aguirre? ¿Podría enunciar alguno de sus más reseñables resultados? ¿Han oído hablar de las medidas de austeridad, de recorte del gasto en la Comunidad Valenciana? ¿En Galicia? ¿Saben dónde han hecho los recortes? Pues bien, hay una parte elemental de la respuesta a la crisis en la que la derecha ha suspendido rotundamente, que es la de la solidaridad social, pero no sólo, también en algo tan fundamental como el gasto educativo, en libros y becas.

¿Conocen ustedes las políticas industriales de la señora Aguirre, del señor Camps o del señor Feijóo? Pues no se culpabilicen, es imposible que las conozcan, porque no las tienen. En Madrid la señora Aguirre ha tenido a la ciudadanía de nuestra comunidad entretenida, es un decir, con riñas y agravios del Gobierno de España o de otras Comunidades, mientras ella andaba en pos de sus ambiciones, pero de lo que es una política industrial para la Comunidad, nada. Por eso ni ustedes ni yo podemos criticar su política, porque no la tiene. Lo que, bien pensado, es tan lógico como perverso.

La crítica al silencio de la derecha, a su silencio esencial, no es una caricatura. Realmente la derecha no cree que deba repensar su pensamiento económico a causa de la crisis, como no cree que deba repensar sus valores, la derecha cree que debe volver al poder, y que para volver al poder lo mejor es silenciar sus proyectos. La derecha no espera convencer racionalmente de lo que no tiene explicación racional, simplemente espera imponerlo. Todos sabemos, por experiencia, que de las crisis se sale. Si lo hacemos mientras gobierna la derecha, la explicación será que nos salvaron sus políticas, por más discutibles que sean.

Lo he explicado en alguna ocasión reciente, creo que la política tiene un déficit cognitivo, que tenemos que mejorar la capacidad de aprendizaje de la política. No estoy diciendo que tengamos un déficit tecnocrático, porque si algo han demostrado históricamente los tecnócratas es que no se enteran, da igual que fueran los tecnócratas de la Unión Soviética que los tecnócratas del FMI, y de ello pueden dar buena cuenta desde la estepa siberiana hasta la pampa argentina. Lo que quiero decir es que los poderes democráticos deben aprender más y mandar menos.

Porque lo cierto es que nos enfrentamos a una situación que trasciende las fronteras de la Comunidad de Madrid, del Reino de España, de la Unión Europea y que se extiende por la mayor parte del planeta. En cada uno de esos ámbitos tenemos que dar una respuesta, y desde cada uno de esos ámbitos tenemos que cooperar en las respuestas de los niveles restantes. Es algo que ahora percibimos con fuerza a causa del dolor que nos produce la crisis, pero esas mismas fuerzas nos han estado moviendo en los años previos a la crisis.

Hace tiempo que somos conscientes que las políticas que pueden hacer los Estados nacionales en el interior de sus fronteras tienen efectos muy limitados sobre esas fuerzas sistémicas que recorren el planeta. Por eso cuánto más débiles son los gobiernos frente a esas fuerzas, más duros se vuelven contra los enemigos interiores. Detrás de toda la retórica de la derecha, detrás de la reducción de ministerios, del ataque a los sindicatos, de la estigmatización de los inmigrantes, de la demonización del Estado Autonómico, detrás del desprestigio sistemático de lo público y de la política, se oculta una enorme impotencia política y una desoladora falta de ideas para afrontar la crisis económica. Desde hace treinta años, la derecha no ha necesitado ninguna crisis para acabar con el Estado del Bienestar, la crisis sencillamente es una excusa. Sin duda los Gobiernos Autonómicos pueden hacer un esfuerzo por controlar el gasto, despilfarro lo llaman ellos, y saben de lo que hablan. Pero el ataque al Estado Autonómico tiene que ver más con una renacionalización del discurso político que con la crisis, la crisis otra vez es sólo una excusa. Cuanto más contundente, cuanto más determinada, se muestra la derecha respecto a un tema, menos tiene que ver ese tema con la vida real de la gente.

Quiero acabar diciendo unas pocas palabras sobre el sistema autonómico. Les confieso que estoy cansado de oír la argumentación económica contra el Estado Autonómico y más aún de oír esa argumentación ante la hipótesis de la independencia. Me gustaría expresarlo de una forma bien coloquial: no es por dinero, es por amor. Cansa ver como los nacionalistas se alimentan del miedo que se dan unos a otros. A los socialistas nos cansa ver al nacionalismo español más recalcitrante alimentar al nacionalismo catalán o al vasco, y a la inversa. España es diversa y plural. No lo es sólo porque existan Cataluña o el País Vasco, sino porque Cataluña y el País Vasco son también diversos y plurales. La mayoría de los españoles nos sentimos orgullosos de esa pluralidad, decir por el mundo que nuestro viejo y nuevo país tiene cuatro lenguas diferentes, lenguas cultas que producen valiosas obras literarias, nos hace más grandes.

Es verdad que en la última encuesta del CIS en que se preguntaba por la identidad territorial de los españoles, solo el 0,7% de los madrileños contestaban que ellos se sentían sólo madrileños y no españoles. Por tanto no tienen que preocuparse del independentismo madrileño. Es verdad que en Cataluña, en esa misma encuesta, de este año, ese porcentaje era del 14%, pero veinte años antes, en 1991, era del 15%. Ya ven que después de todo lo que ha llovido las cosas permanecen estables.

Hace treinta años Felipe González propuso en esta ciudad que los socialistas renunciáramos al marxismo. Eso no significaba que renunciáramos a mejorar las condiciones de vida de los trabajadores, ni que nos desentendiéramos ni un ápice del destino de quienes se hallan en dificultad. Al contrario, probablemente tuvo el efecto de tranquilizar a muchas personas a la hora de votarnos. Quizá estaría bien que algunos nacionalistas renunciaran también a su programa máximo, lo cual no significa que renuncien a la defensa de su identidad, de su cultura, de su lengua. No creo que tuvieran menos votos, sin embargo probablemente dejarían de alimentar el miedo que nutre de votos a la derecha más recalcitrante, unos votos que le dan poder para hacer políticas antisociales.

En fin, quizá la mayoría social de este país deba trabajar más y mejor por convertirse en la mayoría política, y ya me gustaría que después de lo que ha trabajado y luchado eso le pasara primero a mi amigo y compañero Pepe Montilla.